

El Norte es ver de costado la Isleta y sentir la plata en el bolsillo. ¿Por qué Cuba húmeda, boquerones en el cielo, barrancos profundos, calas del ocio, se va a las ciudades del Norte? ¿Cuáles son los linderos lejanos del Norte? Costa del Roque Negro, de las Peñas de Ortiz, de Gáldar, Anduja, playa del Guanarteme, Punta del Perro, costas de San Felipe, Lairaga y Bañaderos... Un mundo comprendido entre Artenara, Gáldar y la Isleta, con platanales, color de luna llena, los caballos en la noche y la carne en el parador.

Artenara

Allá arriba están las hilanderas, como las del Prado, bajo la luz tamizada desde las altas ventanas; con un espíritu en cada frente de mujeruca inclinada ante el rito del telar. Estas mujeres de la rueca están encintas de luz. La rueda, símbolo de la vida, del eterno devenir, de las oraciones, del sol y del viejo oficio de hilar; la luz está en el ambiente. En estas mujeres hay algo impalpable que las une en caravanserrallo, que no existe en un taller, en una escuela, en un bar, cuando la mujer se estiliza bajo capas de colores. Aquí, el luminoso ambiente ha envuelto los hilos que se pueden tejer como si el cristal cubriera las vaporosas carnes... Esto no es nilón ni plexiglás. Esta es la única luz de las montañas.

Ayer estuve en Artenara. Nada en el cielo, nada en la tierra. Todo en el interior de la montaña iluminada. El sol sale de dentro y se viste de azul. El blanco, el morado, más altos que nunca. Todo es de cristal transparente. El basalto se ha encontrado con la tosca. Los mogotes cuadrangulares se han hecho alados cernícalos del aire. Sobre pardos paredones está colgada la realidad puesta a secarse. La lluvia espesa y negra del picón la dejamos atrás. La realidad es allí lo inesperado, lo explosivo, lo inexistente, pero sobre cuyo ser va a abrir la puerta, la cortina, de un momento a otro.

¿En qué lugar del mundo se han hecho hermanos el hombre y el precipicio, la gruta y el espacio? En Gran Canaria. En Artenara. Aire que está pendiente de lo ilógico, del cielo, de la roca que está colgada de la nada, que está ardiendo en el infierno, que está enfriándose a las tres de la mañana; negro que está colgado de la transparencia; camas de hierro en los huecos del pasado. Y éstas que rep-

LA ISLA EL NORTE

tan por la montaña, entre las cuevas, las casas, las azoteas, éstas son las escalas, las piedras, los escalones y los rellanos que he visto en sueños, en siglos y siglos de soñar.

Ha de existir seguramente alguna vez -si no es que se pensó y ya se escribió- una crítica de la razón de las espeluncas, de las ventanas del aire, de las dulces janelas de las cuevas. Sabíamos que la materia posee el sin número existir del hueco, pero jamás se nos había hecho esto una realidad tan patente. Los pasadizos, los agujeros del existir montaña, nos horadan la conciencia de mar y de cumbré. No puede quedar esta realidad olvidada, esta reacción del hombre y la piedra, de esta arquitectura del paisaje, que no es una decoración de geranios y alcachofas, sino una integración total del ser humano a la padre-tierra, que amoroso lo cuida y lo guía por el interior de sí mismo y los devuelve al mundo de luz y de cristal de altura con todos los poderes telúricos que les ha podido mostrar. Allí los huesos de la tierra se han hecho

arquitectura, allí el basalto y la tosca morada, con sus reflejos de amatista, lila, cabe las profundidades más altas y las alturas de la mano de la luna. El onirismo de estas piedras se hizo, siglos después, lienzo en Braque o en Dalí, o en nuestros pintores famosos, trágicos, recién perdidos. El pino, el berol, las carnosas plantas del país, la silueta del muchacho en la altura, la flecha del ave de rapiña, la azotea del vecino, las camas de hierro negro, las sillas antiguas -¡El estilo de esas sillas!-, el piso desigual, alabeado por el tiempo, la belleza de las colchas y los manteles..., y allá enfrente algunos gigantes dormidos: Timagada, el Bentaiga, Chofaracas y las Acusas. Todo silueta de paisaje, resumen de paisaje.

Y hemos visto -hemos palpado- que no estamos descubriendo nada. Que nuestros compañeros andan por allí, que las aulas son como microscopios al revés, y los cronopios, almas al descubierto. El verde, el azul, el blanco. Las notas musicales de la sabiduría popular, que sabe cultivar, pintar, situarse frente a la vista del mundo más alto y más bello, y que deja a los embrutecidos ciudadanos de la sociedad de consumo que consuman. Ellos ya lo inventaron todo, y en Artenara se me dio de golpe la realidad de la inexistencia del surrealismo, porque el surrealismo es realidad presente, palpable, en el aire de la piedra.

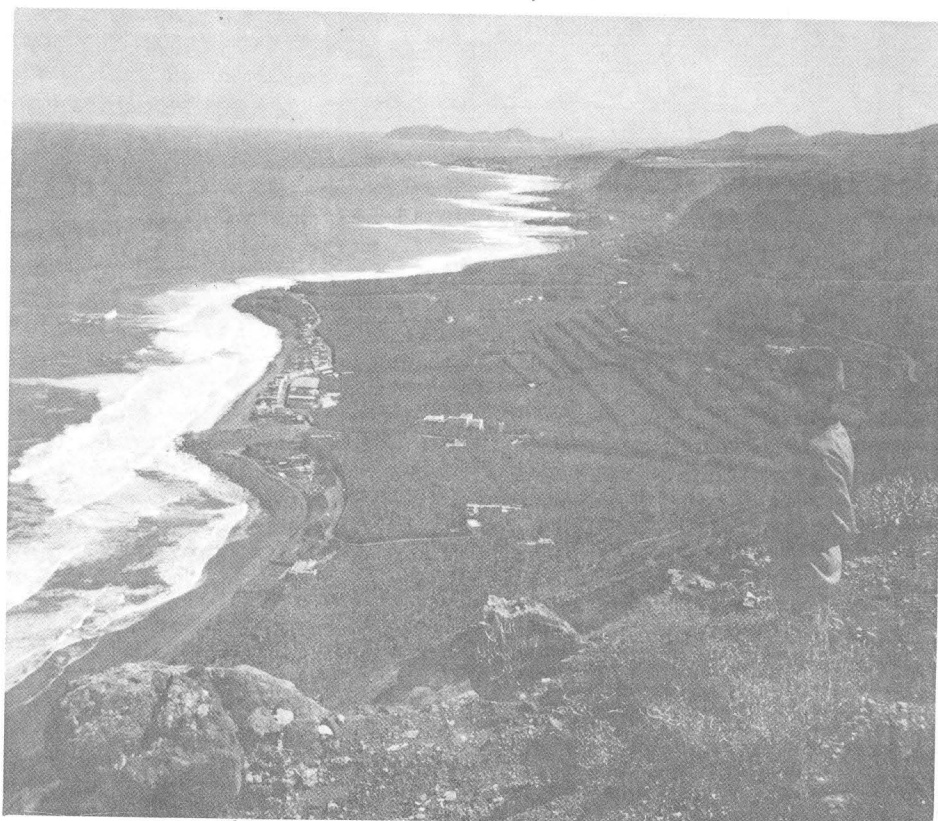


Foto: Martínez Aguiar

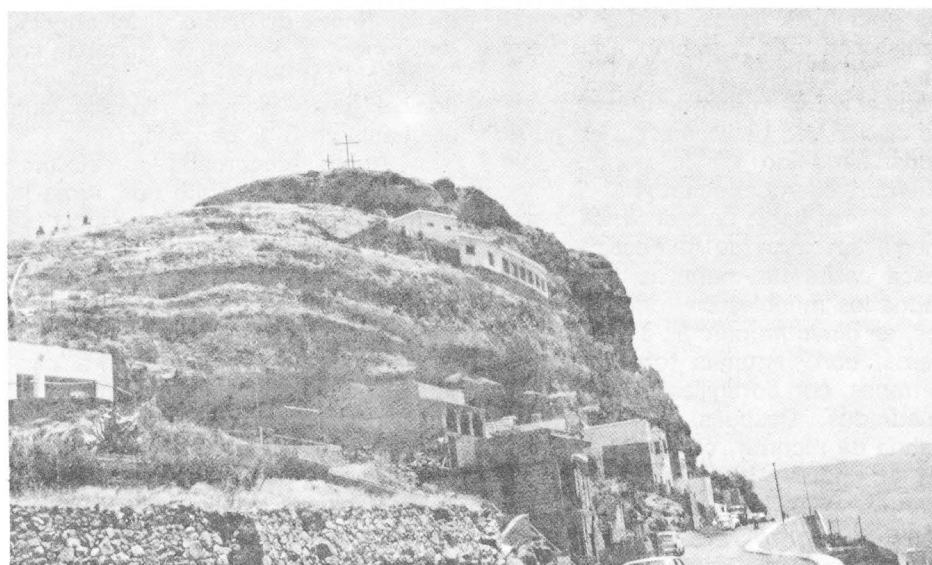
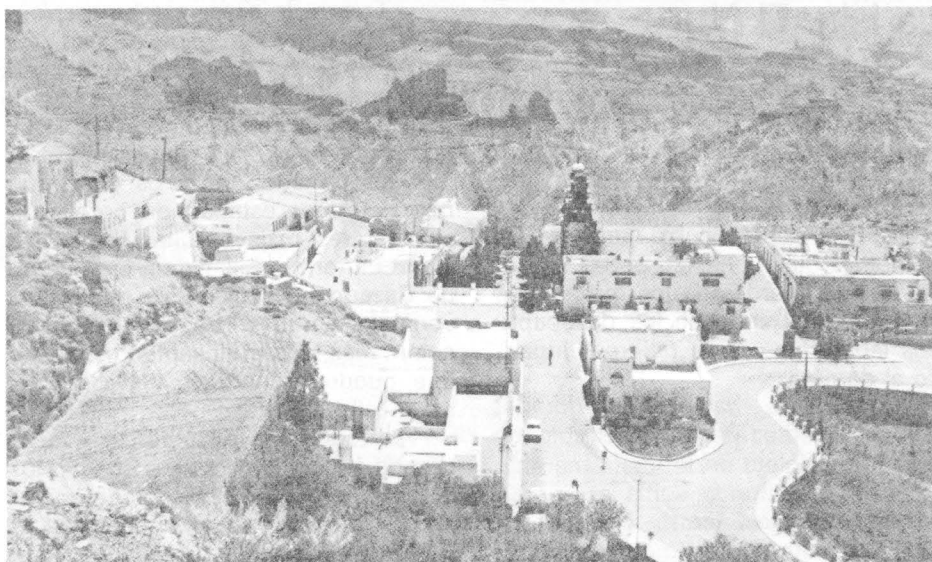
Esas superficies que se abren en el interior de los seres humanos de las cabelleras, los relojes fundidos, los paisajes y las perspectivas trazadas en el aire, están allí. La espalda del monte está hueca, y por ella salen perros, caballos o feligreses, y en los pliegues de las telas de piedra se oyen campanas, y el mar es redondo y está contenido en los senos de la isla, y el pino de Chofaracás es más grande que la torre de una catedral. Una perspectiva renacentista se volvería loca a estas alturas. El viento tiene color de oro, las frutas son rosadas y las casas de Tejeda son de plata, y hay nardos en los ojos del profundo tajo a nuestros pies. Aquí la historia es geología, no es estudiar la tierra, sino el alma de las gentes. Las palabras adquieren valores inusitados y los amplios espacios abiertos de las calles, trazadas por los arquitecto-urbanista-pintores, comprenden aquí a todos los palacios de la altura, tienen aquí consistencia etérea y eterna. Cada vuelta de la cuesta es una toma de conciencia. Lo social se ha hecho lucha, la lucha piedra, espada, pitones, pitas, higueras con olor a cebolla, cuajarones de cera... Y las azoteas desdibujadas por el albeo y la roca son cabellos ocultos, vejez de la tierra en la mañana de todo amanecer.

Hoy he despertado y aún sigo soñando en Artenara.

Arucas

La tarde está tranquila, pero en el patio empieza a oscurecer. Entonces una enorme algarabía de pájaros invade la enredadera de platanillos frente a la gran galería de madera, en esta casa interior de Arucas, por estas calles empinadas que van subiendo a la cuesta de la montaña. Agáldar, Afurgas, Atenoya, Arehucas... Sólo Arehucas conserva su "A" masculina guanche-bereber. Los Portales, el Fijo, el Cerrillo, El Mirón, la Goleta del Capitán Tomás de Palenzuela, la Hoya de San Juan Bautista, Santidad, la ermita de San Francisco, los Artabacales, los Portales, Bisbique -el barrio de Pepita Tatana-, El Pino, Montaña Cardones, Trasmontaña, el Trapiche, la Cruz del Capitán Hernando de Pineda, Llano Blanco, La Pollina, Quintanilla, Castillejos, La Cerera y el Trapiche de los López. Aquí hay nobleza de Ponces y Santa Gadea, bellos jardines dieciochescos. Arucas, con cruce de historia e intereses.

Ciudades, villas y lugares que nos roban el alma, como Telde, Santa Brígida o Arucas, y donde el aire se hace suave y oscuro, nocturno o de mediodía, de Levante o de inver-



nal ciudad de lluvia, a medida que el tiempo pasa y el recuerdo de nuestras cercanías se nos va más adentro, como hundiéndose en el tremedal, en el estero, en las lagunetas o charcos, en los ojos de agua o barriles de nuestros recuerdos.

De Arucas, sobre todo -esa tercera ciudad modernista de España, después de Barcelona y Las Palmas, con sus lazos de piedra a punto de morir en Triana- tengo esos "yo me acuerdo". Entre estos recuerdos está el de una tarde con vino y mistela y conversación, junto a Gabriel y Manolo Morales, en el patio de la casa que el alcalde Pepe Ferreras supo convertir en la Casa de Arucas, para la cultura que quisiéramos ver constantemente en ella -no olvides nunca la vocación universitaria de la isla..., quizá, quizá, ¿quién sabe?-. Y entre las cosas que marcan, que sellan un sentido, la salvación de una ventana del siglo XVI para añadirla a la nueva solución del conjunto. Pocos alcaldes hay que salven los siglos así. De Arucas tiene uno siempre recuerdos imborrables. No es ya el de sus barrios -Montaña

Cardones y sus Vargas Machuca, ni su montaña giróvaga de verdes platanales-. Es el recuerdo de días de bodas como la de Luisa Mayor, cuya memoria guardarán aquellos que han recorrido conmigo las cerradas galerías del tiempo pasado. Luisa era alta, intelectual, lánguida, depresiva. Pero también era blanca y azul y tenía tranquila la mirada, nadaba como un pez y no bailaba, ni veía mucho, ni bebía bebidas doradas. A veces se mostraba demasiado seca y enérgica y tenía en los ojos reflejos gatunos, o el verde de los estanques entre las eras, gañanías y cercados. En las plataneras de don Santiago Heriberto Mayor. En la carretera que iba antes de Tenesemita a San Borondón de la Costa. Luisa Mayor se casaba aquella tarde con recuerdos de Arucas y la lluvia. Era casi de noche cuando el largo cortejo entró en la parroquia gótica. La girola, las ojivas, las agujas, los gabletes y las flámulas comenzaban su baile de luna. Las gárgolas dejaban caer menuditas orinadas de plata. Luisa Mayor, hacendada, aguileña -como que al fin y al cabo era descendiente de gentes de

La isla: El Norte

presa, de gerifaltes de antaño-, llegó al centro del templo, alta, desmantelada, de pequeños pechos y vientre hundido, de robustez dorsal bien cuaternada. Era buena, sencilla, sin malicia y del pueblo subía para ella el homenaje del cuchicheo de las viejas, los cuentos verdes de los mozalbetes en fiesta y el vaho de los desocupados labrantines de la taberna, jugando al dominó.

La tarde había sido dorada. Ahora ya estaba negra por el costado izquierdo, violeta en la media naranja del cénit por donde subía el paisaje hacia Tiberíades, entre carretera y vuelta de carretera, numerosos estanques, tierras barrosas y eucaliptos, y las gramíneas flacas, con las piteras azules haciendo compañía a las verdas solitarias. A pesar del carácter tropical y conventual de la aristocrática ciudad, no había malicia en aquel andar lánguido de la gente. Sólo cuentos, cuentos, cuentos...

Luisa había cerrado a las tres y media su casita de muñecas, gigantesca casita de muñecas, llena con todos los muebles de todos los estilos, en diminuta parodia de los verdaderos, con ventanas tornasoladas y cerradas, con cortinillas de milímetros cuadrados. Después, en la iglesia, habría de recorrer, como en una procesión enorme, lenta, sus días de juventud, y los días de juega hasta llegar el novio lejano, la madrugada corta. En la parroquia una colcha simbólica servía de dosel al altar mayor. Había muchas flores blancas; calas, claveles, gladiolos, estefanotas, un vergel, un jardín de rosas blancas en las esquinas del presbiterio exento, pero también un rumor de rosario y de novena.

Ya tarde, Luisa Mayor de Arucas, en aquel desairado y frío centro de la catedral neogótica -un legado del estilo romántico al modernismo primosecular- hacía desfilar por su mente otras generaciones. De ella nacerían los futuros hombres de ciencias y letras de Arucas, de Gran Canaria. Inauguración de curso. Togas y birretes. García Márquez y Azorín. Hasta que los fieles se dieran cuenta de que ella estaba allí con guantes y toca de desposada, azahares y un armónico ofrecimiento de víctima. El cura, que estaba sin revestir en el púlpito, interrumpió violentamente el rezo y corrió escaleras abajo tropezando. Esperaba, se hacía tarde, la novia, entraban los invitados, los curiosos y un chorro de luz de oro por un ventanal roto donde el poniente se despedía de la Virgen suavemente...

Luego, la casa, estaba resplandeciente, todas las luces encendidas, el velo largo de la novia arrastrándose por los amplios peldaños y en la balconada de flores como en el altar. Los burgueses, los ricohombres y jueces, abogados, notarios y escribanos del lugar estaban en coro, con sus fraques o tiesos chaqués. Había algún uniforme militar, del regimiento de Cazadores, azul prusia de vueltas verdes y doradas. Se bebía algo de color más maravillosamente violeta que pueden tener los ojos de una muchacha en flor.

Desde la galería, por la que se pasaba al comedor, se recordaban los helechos y los anturios y las generaciones de abuelas que los habían cuidado, y el cepillo que estaba en el tocador parecía llevar todavía el polvo de las fincas del padre y del abuelo, del sombrero, cuando se quitaban las telarañas, al regresar del platanar, con el gesto siempre repetido que ella había visto de pequeña.

Ahora se acordaba -en este movimiento de repaso que nos agota la memoria en los momentos cruciales del último entierro en la familia, de cuando tenía dos años y el primo le puso la chaqueta gruesa, de cuando en la feria de ganados se soltó el toro negro..., pero ya estaban ante el pastel y la sidra, las fotos, los relámpagos y todo se disolvía. Había como un calor que le subía del vientre y la enrojecía. Su palidez congénita había desaparecido y los ojos verdes parecían dos ascuas, dos esmeraldas esperando al acecho. Ahora se iban lejos, a aquel viaje con una persona extraña, para siempre jamás. Se sentía blanda, hundiéndose en el futuro después de la boda en la iglesia de Nuestra Señora de las Agonías, en el pueblo, lejos, cada vez más lejos... Como si mirase el mundo con los prismáticos al revés.

¿Será esta Luisa Mayor la misma Arucas que se despide ya? Para evocar estos mundos basta este ambiente. Para salvar este ambiente, energía. Para todo ello, esta llamada Casa de la Cultura en aquellos patios con piedra y enredaderas, en una decisión que está dispuesto a tomar el alcalde. Título de alcalde que suena bien cuando se lo sabe ser. Y que sabe mal cuando no se tiene sensibilidad. Gracias por el farol de la esquina y la ventana vieja. Los viejos brocados. Los hierros de los balcones. Es necesario que estos años de aridez los sostengan en el aire gentes como Pepe Ferreras, para entregarlos intactos a todos los que van a venir. Y ya existen para ello instrumentos legales de salvación. Así sea.

Antonio de la Nuez

En la Antigüedad los fenicios los extraían del Archipiélago para producir el tinte púrpura

